

Peter Winch, *Comprender una sociedad primitiva*, Barcelona, Paidós, 1994.

Los desafíos lanzados a la antropología por el relativismo, desde sus conjeturas y fabulaciones originales, han tenido un carácter incierto, perturbador: la confrontan no sólo con los límites de su propia voluntad de explicación, de su propia trama conceptual, sino con una reflexión ética y política sobre los fundamentos y los alcances de su intervención en los diversos campos de la cultura. El relativismo no sólo sacude así los fundamentos de la antropología, sino que exhibe la indeterminación cultural y la incertidumbre ante el sentido mismo del acto de conocimiento antropológico.

Las respuestas que se han dado al relativismo evocan un espectro de imágenes, de nociones, de conceptos que se amparan bajo un mismo nombre: el problema del *otro*. Bajo esta rúbrica, no pocas veces se oculta una interrogación más devastadora, incluso degradante, que es sistemáticamente sofocada en el discurso de la antropología y de la historia: no sólo el problema del poder, sino el de la barbarie, el etnocidio y el régimen político de su legitimidad y de su preservación, de su prevalencia, incluso de su consagración. En ninguna otra tentativa teórica el problema del *otro* ha cobrado una dimensión tan equívoca y un carácter tan elusivo, sin dejar de ser por ello al mismo tiempo exasperado y oscuro como en la polémica sobre el relativismo. Convertido tanto en una entelequia teórica, como en un lugar común; tanto en una bagatela conceptual como en el vestigio de un agotamiento de la tentativa de comprensión de lo que resiste en la cultura toda aproximación sistemática, el *Otro* ha adquirido, en la interrogación relativista, una posición incalificable: al mismo tiempo intrínseco al campo antropológico, pero mirado como ajeno a él, contingente, acaso parásito (Winch). En efecto, es imposible para la antropología eludir los estremecimientos, los quebrantamientos que surgen de la violencia inquisitiva del relativismo. No obstante, la antropología contemporánea ha logrado, por un vuelco paradójico y quizá trágico, crepuscular, transformar la violenta confrontación relativista en un discurso capaz de redimir el asesinato, la destrucción de las culturas y la indiferencia política

incubada en las sociedades modernas ante la devastación general de la diversidad cultural. Winch se separa así del juego de complicidades motivado por miradas aparentemente antagónicas *suscitadas* por el relativismo: la celebración «posmoderna» de la diferencia, que no ha sido otra cosa que un encubrimiento de la tolerancia a la barbarie política, o bien el ahondamiento de las percepciones exasperadas de la diferencia que conducen a la separación, cuando no al exterminio de las culturas que escapan al régimen de la modernidad. Ambos polos convergen en la convocatoria tácita o abierta al allanamiento de las singularidades y a la degradación de las tolerancias.

No obstante, las respuestas de Winch, siempre provisionales, inquietantes, no pueden surgir sino de los confines de la disciplina y, más bien, en las zonas donde las certezas disciplinarias de la antropología y la filosofía se eclipsan. De ahí quizá su carácter equívoco, su densidad, su persistente reticencia ante las aproximaciones meramente disciplinarias. No hay aproximación antropológica que pueda responder por sí misma a la violenta confrontación que el relativismo entabla con el horizonte de la antropología como *saber*.

El vértigo del relativismo surge de su aprehensión integral del problema del otro. No solamente admite la identidad irreductible de quien despliega frente a la mirada antropológica una radical extrañeza. La pregunta por la identidad de ese rostro sin respuesta, devuelve al antropólogo, como una superficie distorsionante, su interrogación sobre la identidad, sólo exhibe la propia vacuidad del pensamiento antropológico constituido, para revelar la insustancialidad de sus propias certezas. Pero el estremecimiento suscitado por esa pregunta sobre la identidad no se extingue, amplía sus resonancias. La incertidumbre se propaga a las condiciones de validez de la propia pregunta, a la incitación del conocimiento y a las condiciones éticas y políticas de la pregunta misma.

De ahí la luz violenta y a la vez oblicua que arroja sobre las paradojas e inconsistencias de las concepciones antropológicas el indócil relativismo «neutro» de Peter Winch, formulado desde una filosofía que se desprende de la encuesta analítica sobre la naturaleza de la certeza y de uno de sus territorios privilegiados: la ética.

El libro de Winch, *Comprender una sociedad primitiva*, colección de diversos artículos de polémica filosófica publicado originalmente en 1987, es de hecho una bitácora de enfrentamientos, de polémicas que se despliegan en un abanico de interrogaciones. Si bien el libro congrega las polémicas filosóficas de Winch con Mac Intyre, Popper, Trigg, entre otros, el artículo más significativo y que organiza toda la argumentación de las otras contribuciones, es aquel que da su nombre al libro. El conjunto no carece de una unidad cuyo centro,

apenas esbozado, y en momentos incluso insinuado, es el conjunto de paradojas surgidas tanto de la radicalización de las posturas relativistas, como de su negación, su ignorancia o su descalificación. La mirada de Winch podría parecer una mirada sin lugar, limítrofe, surgida no de una radicalización de la postura relativista sino de la interrogación de sus alcances desde una pluralidad de puntos de vista que es al mismo tiempo una extraterritorialidad: la mirada de un filósofo que interroga el régimen de validez de los enunciados de la antropología; que conjuga en su mirada un alejamiento de los fundamentos de su propia raíz filosófica con la afirmación de una racionalidad inherente a la congruencia de los regímenes simbólicos de cada cultura; que asume el desarraigo del antropólogo ante la súbita extrañeza, ante la imposible supremacía ética y cognitiva de su propio universo, Inglaterra y la filosofía analítica sobre las formas de intercambio que definen el destino de las otras culturas. Al mismo tiempo, Winch propone una visión extrema, no por su radicalismo, sino por su lugar fronterizo, su descolocación, el lugar incalificable de su voz. Su polémica se abre sobre dos flancos irremediablemente enlazados entre sí: por una parte, toca la validez y los alcances de las certezas en los procesos culturales y la singularidad irreductible de ciertas culturas a los patrones de la racionalidad europeocéntrica, y por la otra, busca enfrentar las consecuencias éticas que se derivan de la mirada antropológica de la modernidad, de sus estrategias y sus recursos reductivos, de sus formas a veces encubiertas de confinamiento y de degradación de la singularidad del otro. Esta confrontación dual toma como referencia contrastante dos discursos aparentemente ajenos entre sí: el análisis de la brujería entre los azande, llevado a cabo por Evans-Pritchard (1937) y las posturas de Mac Intyre respecto a la historia de la ética y que apuntan a un relativismo radical. La interrogación de Winch parece girar en torno de un punto crucial: la inteligibilidad.

Al estudiar estos pueblos, el antropólogo desea hacer inteligibles, para él y sus lectores, tales prácticas y creencias. Esto significa presentar un informe sobre ellos que de alguna manera satisfaga los criterios de racionalidad requeridos por la cultura a la cual pertenecen él y sus lectores: una cultura cuya concepción de la racionalidad se halla profundamente afectada por los logros y métodos de las ciencias; una cultura que considera cosas tales como la creencia en la magia o la práctica de consultar oráculos casi como paradigma de lo irracional. (p. 32)¹

²Todas las citas de Winch corresponden al texto comentado. La página aparecerá simplemente como una cifra entre paréntesis sin mayores especificaciones.

Sin profundizar en el tema, Winch no deja sin embargo de mencionar un problema crucial para la antropología contemporánea: el régimen doble que determina la naturaleza de la reflexión antropológica; por una parte, aquel que determina la inteligibilidad de las prácticas que se pretende describir; por la otra, aquel, imperceptible, que orienta la mirada hacia la inteligibilidad de las condiciones institucionales y sociales del público de la antropología, de sus lectores, de los interlocutores, de aquellos a quienes está destinado el esfuerzo de inteligibilidad. Este dualismo somete a la reflexión antropológica a una tensión interna entre regímenes de inteligibilidad difícilmente resoluble y cuyas consecuencias éticas son cruciales para el acto de conocimiento antropológico.

A partir de las formulaciones de Winch es posible una interrogación sobre las fuentes de la noción de racionalidad y su condición intrínsecamente etnocéntrica. La noción de racionalidad no designa el carácter de una concepción del mundo o la naturaleza de una trama simbólica específica; más bien, según se desprende de la propuesta de Winch, apuntaría sobre todo a denominar el grado de correspondencia entre la descripción social de las acciones de los individuos y los grupos, y las formulaciones colectivamente admisibles de las regulaciones decisivas para la preservación de la vida social. La racionalidad no nombra entonces las formas de esta regulación de los órdenes simbólicos y su grado de adecuación con lo «real», sino un régimen de percepción y reconocimiento de los rasgos definitorios de la acción y su relación con los distintos universos normativos que rigen los intercambios entre sujetos. Lo «real» no es sino una parcela de sentido definida desde el interior del orden simbólico, que se muestra entonces capaz de engendrar por sí mismo una racionalidad, es decir, un régimen de acción derivado y consistente:

No es la realidad la que dota de sentido al lenguaje. Lo real y lo irreal se muestran en el sentido que el lenguaje tiene. Más aún, tanto la distinción entre lo real y lo irreal como el concepto de correspondencia con la realidad pertenecen a nuestro lenguaje.(p. 37)

La irracionalidad para Winch aparece como un régimen de desviación de la acción respecto de las normas interiores a un régimen simbólico particular, formas de la acción cuya inadecuación respecto a las «gramáticas» de la significación engendran a su vez categorías inciertas: intrínsecas a formas de racionalidad, derivadas de ellas, aunque al mismo tiempo, irreductibles a esa derivación; conceptos *parásitos* en términos de Winch:

Es importante distinguir entre un sistema de creencias y prácticas mágicas como el de los azande, que es uno de los principales fundamentos de toda su vida social y, por otra parte, creencias mágicas que puedan ser sostenidas y ritos mágicos que puedan ser practicados por personas pertenecientes a nuestra propia cultura. Estos deben comprenderse de un modo diferente.[...] Los conceptos de brujería y magia en nuestra cultura, por lo menos desde la llegada del cristianismo, han sido parasitarios y perversiones de otros conceptos ortodoxos, tanto religiosos como, crecientemente, científicos. (p. 41)

Este modo de construcción de la racionalidad confiere una calidad particular a la noción de lo real: formulada desde lo simbólico, permanece ajena al vínculo virtual, casi improbable, incalificable del universo simbólico con el orden de los hechos. Para Winch, el orden simbólico no es por sí mismo un esquematismo del mundo de los hechos. Más aún, las estructuras simbólicas y rituales son radicalmente extrañas en sus estructuras formales y morfologías a los modos de concebir lo real.

hasta qué punto es importante reconocer que la gramática de un lenguaje no es una teoría sobre la naturaleza de la realidad, aunque nuevos descubrimientos fácticos y desarrollos teóricos puedan incluso llevar a cambios gramaticales. La dificultad en casos particulares, como el de las nociones zande de brujería, reside en comprender claramente lo que pertenece a la gramática y lo que pertenece a la teoría o a la «creencia». (p. 91)

Lo real se desprende, más bien, de las pautas y regímenes de la acción simbólica, de sus lógicas normativas y excluyentes, y los regímenes de inteligibilidad de la acción social. Winch establece un particular paralelismo crítico entre las concepciones de Evans-Pritchard y el Wittgenstein del *Tractatus Logico-Philosophicus*; en efecto, de la misma manera que Wittgenstein en el *Tractatus* establece un vínculo «figurativo» entre el lenguaje y el conjunto de los hechos, Evans-Pritchard parece plantear implícitamente que en las estructuras conceptual, simbólica y ritual de los azande se encuentra implícito un régimen de inteligibilidad y una racionalidad específica que determina la noción de lo real en esa cultura:

Evans-Pritchard se enfrenta a dos lenguajes que él reconoce como de tipo fundamentalmente diferente, tanto que lo que puede expresarse en uno no tiene contrapartida posible en el otro. Por ello uno espera que esto le

condujera a una posición más cercana a la de las Investigaciones filosóficas que a la del Tractatus. Evans-Pritchard no se conforma con elucidar las diferencias en las dos concepciones de la realidad implicadas; quiere ir más allá y decir: nuestra concepción de la realidad es la correcta, los azande se equivocan. Pero la dificultad estriba en ver qué puede significar «correcto» y «errado» en este contexto.(p. 52)

En consecuencia, los órdenes simbólicos, por sí mismos, no refieren a entidad alguna de lo real. Winch sugiere, más bien, que esa racionalidad, que esa inteligibilidad de los actos no puede surgir al margen del uso que los sujetos hacen del inventario simbólico, de las descripciones de los actos, del reconocimiento o atribución de la intencionalidad de sus actores, de las regulaciones y pautas «gramaticales» que ellos ponen en juego como medios no solamente de comprensión de actos actuales o pasados, de modelación de la expresión, sino incluso de intelección de actos futuros difícilmente adivinables, conjeturables, o acaso inimaginables en sí mismos pero *gramaticales* en su despliegue, aun cuando esta gramática de lo inimaginable difiera de la anterior:

una nueva descripción de la acción deba ser inteligible para los miembros de la sociedad en la que ésta ha sido introducida. A mí entender lo relevante es que lo que determina esto es el desarrollo subsiguiente de reglas y principios ya implícitos en los modos previos de actuar y hablar. Lo que hay que destacar no son los miembros que efectivamente forman parte de cualquier elenco de descripciones, sino la gramática que expresan.[...] Estos nuevos modos de hablar y actuar muy bien pueden acarrear modificaciones en la gramática, pero sólo podremos hablar si la nueva gramática está (para sus usuarios) en una conexión inteligible con la antigua gramática.(p. 61)

No obstante, esta relación entre lo que podríamos llamar «momentos» dinámicos de la gramaticalidad simbólica debe edificarse a partir de la preservación de una calidad particular del acto simbólico: deben ser recíprocamente inteligibles entre sí, aunque no lo sean íntegramente; esta inteligibilidad parcial, para Winch, se asemeja a las zonas difusas de convergencia de los juegos de lenguaje como la imaginaba Wittgenstein en sus *Investigaciones filosóficas*. De ahí que este vínculo de inteligibilidad recíproca conlleve necesariamente el desdibujamiento y la ampliación de los límites y las identidades de las formas de racionalidad tanto de la cultura que interpreta, como de la que es interpretada:

Estudiar seriamente otro modo de vida es necesariamente buscar la ampliación del nuestro, no simplemente replegarse ese otro modo distinto en los límites existentes del propio, porque lo relevante de este último en su forma actual es que excluye, ex hypothesi, el otro modo.(p. 65)

Páginas más tarde, Winch hará un señalamiento fundamental: el proyecto de las sociedades modernas de fundar una inteligibilidad de la inteligibilidad inherente a los regímenes simbólicos del otro, involucra y cuestiona nuestro propio régimen ético, como también interroga las formas de inteligibilidad que le son inherentes:

Un hecho mucho más importante que cabe destacar es que inicialmente nosotros no tenemos una categoría que se asemeje a la categoría zande de magia. Dado que somos nosotros los que queremos comprender la categoría zande, nuestra es la responsabilidad de ampliar nuestra comprensión de modo que demos cabida en ella a la categoría zande, más que insistir en verla en términos de nuestra propia distinción elaborada y disponible entre ciencia y no-ciencia.(p. 71)

No obstante, lo que podríamos interpretar como una formulación ética y cognitiva en términos de un relativismo «neutro» de Winch, se evidencia como una posición cuya sutileza y moderación se debe a una reflexión crucial sobre las condiciones de inteligibilidad ineludibles para la consolidación de una «comunidad moral» (Melden); estas condiciones de inteligibilidad son irrenunciables en un régimen moral cuya permanencia garantiza la posibilidad de una reciprocidad y una normatividad histórica:

porque el cumplimiento de la norma por parte de las personas esté garantizado por una ley científica de la naturaleza, sino porque ciertos rasgos del concepto de vida social de los seres humanos hacen que la idea de su no-cumplimiento sea ininteligible.(p. 117)

La relevancia ética de las tesis de Winch se pone de relieve en su reflexión sobre la *el carácter necesario* de un «imperativo» de veracidad, indeterminado formalmente, pero capaz de fundar un vínculo moral que comprometa el destino mismo de régimen simbólico, lo que se define estrictamente como una «comunidad moral» por sobre la contingencia histórica de los modos de conocimiento propios de sociedades particulares, la ciencia en Occidente y sus formas específicas de construcción de lo real:

Sostengo la tesis de que, si bien puede haber y hay sociedades humanas que no son y no contienen comunidades científicas, no puede existir una sola sociedad humana que no sea, en algún sentido, una comunidad moral.(p. 123)

La noción de veracidad aparece así como condición de una acción social orientada según la racionalidad propia de una cultura, de sus formas de regulación simbólica; involucra consecuentemente no sólo un sentido ético del acto en el presente, sino que configura los horizontes temporales del régimen social. Así, las nociones de veracidad y de racionalidad determinan un orden de inteligibilidad que se enlaza con el sentido ético del vínculo colectivo, con su memoria y sus proyectos, con la duración y la preservación del intercambio social:

actuar en el contexto de una institución social equivale siempre a comprometerse a sí mismo de alguna manera con el futuro: una noción con respecto a la cual la noción de estar comprometido por lo que uno dice proporciona un importante paralelismo. Pero el concepto de integridad es inseparable del de compromiso. Carecer de integridad es actuar con la apariencia de cumplir con un rol específico pero sin la intención de cargar con las responsabilidades a las que te compromete dicho rol.(p. 140)

De la tentativa de Winch se desprende una certeza de la cual habría que extraer todas sus consecuencias epistemológicas, éticas, pero quizá, sobre todo, políticas:

Nuestra ceguera acerca de los modos de vida primitivos es el corolario del sinsentido de gran parte de nuestra propia vida.(p. 78)

Raymundo Mier
UAM/Xochimilco-ENAH/INAH